

24 de julio de 2015

Patrones de cambio en las preferencias de elección de pareja en las adolescentes

Asignatura: Trabajo de Fin de Grado, Facultad de Ciencias Políticas, Sociales y de la Comunicación

Alumna: Roxany Carolina Castillo Pestana

Tutora: Dra. María Rosaura González Méndez

Índice

Introducción.....	3
1. Marco teórico	5
1.2. Preferencias en la elección de pareja	9
2. Método	11
2.1. Diseño	11
2.2. Participantes.....	11
2.3. Procedimiento	12
2.4. Instrumentos.....	13
3.1. Información recabada a través de las entrevistas.....	18
3.2. Datos recogidos a través de las escalas.....	21
4. Discusión.....	29
Conclusiones.....	33
Referencias	34

Introducción

El interés por estudiar la violencia en las relaciones adolescentes se debe tanto a la relevancia social de este problema como a la posibilidad de conocer cómo intervenir a edades tempranas para evitar su aparición. Como podrá verse a lo largo de este trabajo, la violencia de género se observa ya en las primeras relaciones de pareja, y puede tener consecuencias más o menos graves para el bienestar y el desarrollo de las jóvenes. En este sentido, las creencias que ligan el amor romántico con los celos y el control contribuyen a justificar distintas formas de abuso que las adolescentes no siempre son capaces de reconocer.

El presente estudio tiene por objetivo explorar la trayectoria seguida por un grupo de 45 estudiantes de la ESO que habían tenido más de una relación de pareja. En concreto, se analizó la relación entre sus preferencias a la hora de elegir pareja, el parecido o las diferencias que ellas percibían entre sus parejas, y el nivel de victimización en cada una de sus relaciones. Partiendo de un diseño mixto, las estudiantes de distintos institutos ubicados en Tenerife y La Palma, respondieron a una entrevista semi-estructurada y a distintas escalas.

Los resultados señalan que la mayoría de las chicas considera que sus relaciones les han aportado algo y las han ayudado a madurar. Sin embargo, también se detectan algunos casos en los que ha habido distintas forma de abuso. En estos casos, algunas dicen haber comprendido qué tipo de parejas no quieren en el futuro, pero otras justifican los celos y el control como algo normal en las relaciones.

Aunque la mayoría de las participantes muestran preferencia por características positivas como la honestidad o el sentido del humor, algunas prefieren a los chicos celosos o rebeldes. En este sentido, los resultados indican que una menor preferencia por rasgos positivos (menos buenos, honestos, etc.) se relaciona con mayor nivel de victimización.

Por otro lado, las chicas que interpretan que las diferencias o semejanzas entre relaciones es algo que depende de factores no controlables también presentan mayor nivel de victimización.

Las relaciones abusivas suelen estudiarse por separado, unas de otras, y apenas se tiene información sobre la trayectoria seguida por las adolescentes en distintas relaciones. Sin embargo, los resultados de este estudio ofrecen información sobre la trayectoria de las chicas que han tenido una primera relación conflictiva. Concretamente, señalan las preferencias a la hora de elegir pareja y las creencias que justifican el abuso como factores de riesgo sobre los que se puede intervenir para evitar la revictimización en futuras relaciones. Los resultados de este estudio pueden facilitar información útil para intervenir con la población afectada en los diversos ámbitos en los que se desenvuelven día a día, involucrando a aquellas personas que son importantes en el desarrollo de estas chicas (madres y padres, profesores/as, etc.).

La realización de este Trabajo de Fin de Grado, ha supuesto una oportunidad para adquirir y reforzar ciertas competencias profesionales de cara a la incorporación al ámbito laboral.

En primer lugar, me ha permitido ampliar los conocimientos previamente adquiridos en distintas materias, y aplicarlos en la interpretación de los datos extraídos a través de las entrevistas y las escalas. De esta forma, he logrado mayor autonomía para enfrentarme al análisis de otros problemas sociales que afecten a este y otros colectivos.

En segundo lugar, el uso de una metodología mixta ha sido una oportunidad para familiarizarme tanto con las metodologías cualitativas como cuantitativas. De esta forma, he sido consciente del abanico de opciones existentes para la investigación, así como de sus limitaciones.

Por otro lado, el trabajo ha supuesto un ejercicio intenso de planificación para poder llevar a cabo las distintas fases del estudio: el diseño de la entrevista, el contacto con los centros, la recogida de la información y el análisis de la misma. De igual forma, ha sido necesario ejercitar la capacidad de análisis y síntesis para poder plasmar, de forma comprensible los resultados y las conclusiones del estudio. En este sentido, ha sido necesario acudir a los conocimientos de inglés y utilizar correctamente la lengua española. Por último, la realización de este trabajo me ha permitido reflexionar sobre la importancia del conocimiento que aporta la investigación para el trabajo social, especialmente en la labor preventiva.

1. Marco teórico

Durante los últimos años, las instituciones españolas han hecho de la violencia de género uno de los principales problemas a combatir. Prueba de ello ha sido la promulgación de la Ley 16/2003, de 8 de abril, de Prevención y Protección Integral de las Mujeres contra la Violencia de Género, publicada en el Boletín Oficial de Canarias. Esta ley define la violencia contra las mujeres como “todo tipo de actuación basado en la pertenencia a dicho sexo se la víctima y con independencia de la edad de ésta, que, a través de medios físicos o psicológicos, incluyendo amenazas, intimidaciones o coacciones, tenga como resultado posible o real un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer”. Por otro lado, la Ley 1/2004 de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género ha señalado, entre otras cosas, la necesidad de hacer una labor preventiva en todos los niveles educativos, en el ámbito sanitario y en la publicidad y los medios de comunicación. Esta ley establece además la realización de un Plan de Sensibilización y Prevención de la Violencia de Género, que deberá contener los siguientes elementos:

Establecer los derechos fundamentales y de la igualdad entre hombres y mujeres.

Debe ir dirigido tanto a mujeres como a hombres.

Debe contemplar un programa de formación y reciclaje de los profesionales que se encargan de estas situaciones.

Estar controlado por una Comisión de gran participación.

En el ámbito académico, la investigación también ha contribuido a tomar conciencia de que este tipo de violencia afecta, no sólo a las parejas adultas, sino también a las parejas adolescentes (Gonzalez-Mendez y Santana-Hernandez, 2001; Muñoz-Rivas, Graña, O’Leary y González, 2009). Según Gutgesell y Payne (2004), la violencia en las parejas adolescentes es “una forma de violencia entre compañeros íntimos que sucede entre gente de entre 10 y 24 años (en esta franja entran los y las adolescentes) que son o han sido pareja. La violencia ejercida en las parejas adolescentes puede ser tanto física (arañazos intencionales, heridas, empujones, estrangulamiento, patadas a la pareja, etc.) como psicológica (amenazas a la pareja, daño a su sentido de la identidad, avergonzarlo/a, etc.) y sexual (presionar o forzar a

mantener distintos tipos de contacto íntimo, sacar ventaja de la vulnerabilidad producida por el consumo de alcohol o drogas, etc.), y puede tener diversas consecuencias negativas sobre su salud y sus posibilidades de desarrollo (peor rendimiento académico, abandono de los estudios, etc.).

En el contexto cultural occidental, se han descrito distintas fases por las que pasan muchas relaciones de pareja adolescentes (Connolly, Craig, Goldberg y Pepler, 2004, 1999; Connolly y Goldberg, 1999):

- 1ª fase: las primeras señales de interés y atracción física no siempre van asociadas a una interacción real.
- 2ª fase: los primeros contactos y la formación de parejas suelen producirse dentro del grupo de iguales. En este momento, las relaciones de pareja son una vía para ganar estatus dentro del grupo, que ejerce influencia sobre quienes son adecuados/as y quiénes no.
- 3ª fase: Las parejas comienzan a citarse fuera a solas. Se trata de relaciones poco estables donde el grupo siguen teniendo gran influencia.
- 4ª fase: aumenta la implicación, la intimidad y compromiso de la relación, que es ya independiente del grupo.

En general, se ha considerado que el riesgo de violencia en las relaciones de pareja aumenta a medida que va creciendo el nivel de compromiso (Lewis y Fremouw, 2000). La violencia suele instalarse en las relaciones de forma gradual, manifestándose primero a través de control, intentos de aislamiento, abuso psicológico, etc. No obstante, el inicio de la actividad sexual suele coincidir con el comienzo de las agresiones (Halpern, Spriggs, Martin y Kupper, 2009). Asimismo, el inicio de la convivencia, el embarazo, el primer hijo/a, o la separación suponen hitos importantes en las relaciones que pueden coincidir con aumentos en el nivel de riesgo. No obstante, algunos adolescentes son precoces a la hora de pasar por estas fases, por lo que suelen afrontar mayor riesgo.

Con todo, es evidente que no todas las parejas terminan viviendo violencia con el tiempo. Asimismo, los estudios longitudinales con adolescentes indican que, aunque las agresiones suelen ser muy prevalentes en los primeros años de la adolescencia, éstas tienden a remitir poco a poco en la mayoría de los casos (Nocentini, Menesini y Pastorelli, 2010). Así, un estudio longitudinal realizado por, Whitaker, Le y Niolon

(2010) encontró que un 70,3% de los adolescentes cesaba en sus agresiones, y sólo un 29,7% persistía en este tipo de conductas a lo largo de varios años. Según estos investigadores, la persistencia suele estar ligada a una violencia más grave desde el inicio de las relaciones y a determinados factores de riesgo como el comportamiento antisocial, el inicio temprano de las relaciones, etc. De hecho, el inicio precoz de las relaciones puede facilitar también que los y las adolescentes sean precoces también a la hora de convivir o tener hijos/as, con lo que aumenta su nivel de riesgo.

Por el contrario, cambiar de pareja tiende a reducir el riesgo de persistencia (Fritz y Slep, 2009). Esto no sólo apunta a la importancia que tiene la dinámica que se crea dentro de las relaciones, sino que además llama la atención sobre cómo lo aprendido en una relación conflictiva puede evitar errores similares en el futuro. Tras una experiencia desafortunada, algunas adolescentes parecen elegir mejor a sus parejas que otras. A través de un estudio retrospectivo, Martsof, Draucker, Stephenson, Cook y Heckman (2012) detectaron cuatro tipos de trayectorias violentas a lo largo de la adolescencia de una muestra de jóvenes. En dos de estas trayectorias, se trataba de una única relación violenta, que variaba en su duración. Las otras dos, sin embargo, eran trayectorias con más de una relación violenta, en las que se repetía un patrón similar de victimización o perpetración.

La investigación ha considerado asociadas al maltrato ciertas características personales como impulsividad, los celos, la falta de habilidades sociales para afrontar los conflictos, la dependencia afectiva (González–Ortega et al, 2008; González, Muñoz y Graña, 2003), así como tener un estilo de apego inseguro (Wekerle y Wolf, 1998) y el abuso de alcohol y drogas.

En una revisión reciente de los estudios prospectivos que analizan los factores de riesgo asociados a la violencia ejercida contra la pareja, Vagi et al. (2013) identifican algunos factores que predicen la violencia de forma estable. En otras palabras, aquellos factores que predicen que la violencia tiene una alta probabilidad de continuar con el tiempo. Entre los factores identificados, los autores destacan los siguientes:

- Diversos problemas de salud mental.
- Violencia juvenil.
- Uso de sustancias.
- Conductas sexuales de riesgo.

- Poca calidad de las relaciones de pareja, de amistad y familiares.
- Uso de contenidos violentos en los medios.

De forma más concreta, se han señalado factores como la depresión (Cleveland et al., 2003; McCloskey y Lichter, 2003; Foshee et al., 2010), los comportamientos agresivos (Kerr y Capaldi, 2011; O'Donnell et al., 2006), las relaciones anteriores violentas (Tschann et al., 2009; Wolfe et al., 2004), tener amigos con actitudes que justifiquen el uso de la violencia hacia la pareja (Arriaga y Foshee, 2004; Foshee et al., 2010), los conflictos conyugales de los padres (Stocker y Richmond, 2007, Tschann et al., 2009), etc.

Por otro lado, también se han detectado distintos factores que resultan protectores frente a la violencia de pareja. Así, tener padres implicados (Harris, Furstenberg, Marmer, 1998), altos niveles de supervisión parental (Brookmeyer, Henrich y Schwab-Stone, 2005; Gorman-Smith, Henry y Tolan, 2004), buenas relaciones con las madres (Kliewer et al., 2004), un ambiente familiar estructurado (Crosnoe, Erickson y Dornbusch, 2002; Hair, Moore, Garrett, Ling, Y Cleveland, 2008; Kerr, Beck, Shattuck, Kattar, y Uriburu, 2003), un buen rendimiento académico (Crosnoe et al., 2007; Hart, O'Toole, Price-Sharts, y Shaffer, 2007), la participación en actividades extracurriculares (Bartko y Eccles, 2003; Fredricks y Eccles, 2005), un barrio cohesionado (Quane y Rankin, 2006; Rankin y Quane, 2002), y amigos socialmente adaptados (Barry y Wentzel, 2006).

De todos estos factores de protección, Vagi et al. (2013) destacan los siguientes. En el plano individual, destacan la disonancia cognitiva respecto al uso de la violencia, la empatía, un buen rendimiento escolar y un coeficiente intelectual elevado. En el nivel social, los factores de protección encontrados fueron una relación positiva con la madre y el apego al centro educativo.

Para las adolescentes, no siempre es fácil darse cuenta de que están sufriendo agresiones. Estas pueden empezar poco a poco, de forma que no sepan interpretar lo que ocurre. Los intentos de control y aislamiento, la agresividad verbal, el desprecio, desaparecer sin dar explicaciones, las burlas, la negación de los errores, etc. son algunos indicadores a tener en cuenta (Gonzalez-Mendez y Santana-Hernandez, 2001). Las agresiones son a veces incluso más sutiles, ya que pueden iniciarse dentro del propio contexto de juego. Por ejemplo, Gonzalez-Mendez y Hernandez-Cabrera (2009)

encontraron que cierto tipo de juegos de simulación de celos y enfado incrementaban el riesgo de agresiones en un contexto distinto, el de los conflictos de la pareja. Esta asociación juego-agresión se producía cuando la respuesta emocional al juego era negativa (ej. sentir heridos los sentimientos, etc.) y cuando el compromiso con la relación era negativo (seguimos juntos porque es difícil romper, porque mi pareja o yo insistimos). De esta forma, los autores señalaron que los juegos no parecían ser realmente una simulación de celos o enfado, sino una forma de expresar el malestar que ya existía en la relación. En definitiva, el malestar asociado a ciertos juegos daba pistas sobre la violencia que se producía en un contexto totalmente diferente.

Para poder salir de este tipo de relaciones, el primer paso es que la víctima se dé cuenta de lo que está sucediendo, así como de las consecuencias de mantener esta relación. Sin embargo, las adolescentes carecen de experiencia e información para evaluar su situación de la forma correcta. Las creencias sobre el amor también pueden contribuir a que las mujeres no se den cuenta de su situación. Por ejemplo, creer que “el amor todo lo puede”, y que podrán cambiar a su pareja. En esto, Barrón y Martínez – Iñigo (1999) afirman que las mujeres han sido socializadas para aguantar cualquier comportamiento negativo y adversidades en sus relaciones.

1.2. Preferencias en la elección de pareja

El estudio de los factores que influyen en la atracción y favorecen el emparejamiento tiene una larga trayectoria en ciencias sociales. La proximidad, la semejanza y la interacción positiva son considerados, desde hace tiempo, los principales predictores de la atracción interpersonal (Fagundes y Diamond, 2013). En este sentido, la influencia de la similitud sobre la atracción es un principio bien establecido en psicología (Berscheid, 2010). Se sabe que los amigos y las parejas reales tienden a presentar un parecido significativamente mayor en personalidad e intereses que las parejas formadas de manera aleatoria. Igualmente, se ha podido confirmar a través de estudios prospectivos que dichas semejanzas son más el resultado de la elección inicial que de la confluencia a lo largo del tiempo (Gonzaga, Carter y Buckwalter, 2010). En este sentido, la relación entre ambos factores es evidente, ya las personas que mantienen

un contacto más próximo tienden a compartir intereses y, por lo tanto, resulta más probable que sean más semejantes.

Por otro lado, la investigación ha analizado también la preferencia por determinadas características que configuran el ideal de pareja (Collins, Welsh y Furman, 2009; Lippa, 2007). En este sentido, hay algunos rasgos como la inteligencia, atractivo físico, habilidades sociales, etc. que parecen ser deseables para los jóvenes y adultos de distintas culturas. Sin embargo, también se sabe que hay diferencias relacionadas con el género, la orientación sexual, la cultura, etc.

La posible preferencia por características que pueden implicar riesgo para las relaciones ha sido mucho menos estudiada. Sin embargo, se sabe que personas con problemas de conducta o déficits similares pueden buscarse entre sí, lo que se explica a partir del principio de semejanza que ya mencionamos (Rhule-Louie y McMahon, 2007). Por otro lado, hay personas que dicen preferir parejas celosas, osadas y rebeldes. Por ejemplo, Gonzalez-Mendez et al. (2014) encontraron este tipo de preferencias en algunas menores con medidas judiciales, que no habían sufrido violencia de sus parejas. Para ellas, el consumo de drogas era un problema, siempre que no consumieran drogas duras. En cambio, aquellas que habían sufrido abuso tendían a mostrar preferencia por alguien que las tratara con respeto, además de ser sincero y leal. Por el contrario, consideraban una pareja inadecuada a alguien que les mintiera, las maltratara o les fuera infiel (Gonzalez-Mendez et al, 2014).

Tras estudiar las preferencias de universitarios con o sin experiencia de abuso emocional en sus relaciones, Zayas y Shoda (2007) sugirieron que agresores y víctimas parecían buscarse mutuamente, al elegir características en sus parejas que hacían más probable dicho abuso. En este sentido, encontraron que los universitarios con historial de abuso en sus relaciones mostraban una preferencia significativamente mayor por parejas dependientes, con baja autoestima o que hubieran sufrido victimización. Por otro lado, también encontraron que las mujeres que habían sufrido abuso emocional mostraban un mayor interés por hombres controladores y celosos.

En definitiva, la revisión realizada sugiere el interés de analizar las preferencias de las adolescentes y su relación con su experiencia de victimización en sucesivas relaciones.

El objetivo de este estudio ha sido explorar la trayectoria seguida por las adolescentes a partir de una primera relación de pareja conflictivas. En concreto, se tomaron en cuenta las preferencias de las participantes a la hora de elegir las parejas, así como el parecido/diferencias entre dichas parejas.

2. Método

2.1. Diseño

Para la realización de este estudio empleamos una metodología mixta, que nos ha permitido recabar información cualitativa y cuantitativa. Concretamente, utilizamos una entrevista semi-estructurada y varias escalas. Este tipo de metodología resulta especialmente útil cuando se pretende explorar procesos complejos y poco conocidos como es nuestro (Spillane et al, 2010).

2.2. Participantes

En el presente estudio participaron 45 chicas con una edad media de ($M = 15.5$; $DT = .50$). Todas dijeron ser heterosexuales y haber tenido dos o más relaciones de pareja. Las participantes estudiaban en Centros de Educación Secundaria ubicados entre la Zona Metropolitana (La Laguna – Santa Cruz) y la isla de La Palma.

A continuación, podemos ver la distribución de las participantes según las zonas donde estaban ubicados los centros:



Figura 1. Distribución de las participantes según la zona dónde estaban ubicados los centros

2.3. Procedimiento

Para poder llevar a cabo las entrevistas, lo primero fue contactar con distintos institutos. En aquellos centros que mostraron interés, señalamos cuáles eran los objetivos del estudio y los criterios de selección de la muestra. En concreto, queríamos entrevistar a chicas de distintos perfiles académico, pero que hubieran tenido, al menos, dos relaciones de pareja. Tras obtener esta información del profesorado, se solicitó permiso por escrito a los padres y madres. En este sentido, la recogida de información no se pudo realizar hasta que las alumnas no entregaron las autorizaciones. Una vez recibido el permiso paterno/materno, la participación fue totalmente voluntaria. Las entrevistas se hicieron de acuerdo con las fechas establecidas por el centro, en un lugar aislado y tranquilo.

Para las entrevistas se procedió de la siguiente forma: en primer lugar, se le daba a la alumna participante una pequeña explicación sobre el objetivo del estudio y del tipo de preguntas que se le iba a hacer. Dado que se trataba de menores, las respuestas no fueron grabadas. La entrevistadora realizaba las preguntas y apuntaba lo que la chica iba diciendo. Cada vez que surgían dudas, se explicaba lo que no se entendía, y se seguía

con la entrevista. Para asegurar que se tomaba nota correctamente de todo, la entrevistadora leía en varias ocasiones lo que iba anotando para que la participante pudiera ir añadiendo o rectificando lo anotado. Durante la entrevista, se pasaron también algunas escalas que describiremos en el apartado siguiente.

En cuanto a las escalas, como se dijo anteriormente, se pasaron intercaladas durante la entrevista. Para ello, se le entregaba la hoja de respuestas a cada participante y se le explicaba lo que debía hacer. Se le dejaba responder con tranquilidad a cada uno de los ítems y se respondía a sus dudas. Una vez terminaban de responder a las escalas, se continuaba con la entrevista en el punto que se había dejado.

2.4. Instrumentos

A continuación, explicaremos los instrumentos utilizados en el procedimiento llevado a cabo y descrito anteriormente:

Entrevista semi-estructurada. Diseñamos una entrevista semi-estructurada que nos permitiera recabar información cualitativa sobre la dinámica seguida por sus sucesivas relaciones de pareja, así como sobre las semejanzas y/o diferencias percibidas entre sus parejas. La entrevista comenzaba con preguntas generales como la edad, lugar de residencia, instituto donde estudian, etc. Una vez realizadas estas preguntas, pasábamos a realizar las preguntas más específicas, que pueden agruparse en dos bloques: a) la dinámica de sus relaciones y b) semejanzas/diferencias entre las parejas. La tabla 1 recoge, de forma sintética, las principales preguntas de la entrevista:

Tabla 1. Principales preguntas recogidas en la entrevista.

Datos generales	Dinámica de sus relaciones	Semejanzas/diferencias
Edad	Edad de él y de ella	Semejanzas y diferencias
Barrio de residencia	Quién influyó para iniciar la relación	Causas de las semejanzas y diferencias
	Defectos y virtudes	Deseos de dejar la relación
	Conflictos	Comienzo de la relación
	Consecuencias de la experiencia vivida en sus relaciones	Cambio de opinión de las relaciones
		Control ejercido por sus parejas

Escala de preferencias. Para medir las preferencias de las participantes se utilizó una escala en la que las adolescentes valoraban su grado de atracción por 12 rasgos en potenciales parejas (Gonzalez-Mendez, Yanes y Ramírez-Santana, 2015). Esta escala mide tres factores. El primero, denominado “Chico Bueno” contiene cuatro rasgos positivos (inteligente, amable, honesto, etc.). El segundo factor está integrado por cinco ítems que caracterizan a un “Chico Malo” (que le guste saltarse las normas, celoso, controlador, que le guste el riesgo y las emociones, y rebelde). Por último, el factor de “Chico Afectuoso” está formado por dos ítems positivos (cariñoso, romántico). La valoración de cada rasgo se hacía de 0 (*no me atrae nada*) a 10 (*me atrae muchísimo*). La consistencia interna de las escalas, obtenida mediante las alphas de Cronbach, fueron las siguientes: para el factor “Chico Bueno, se obtuvo un alpha de .75; para el “Chico Malo”, se obtuvo un alpha de Cronbach de .63; y para el “Chico Afectuoso”, un alpha de .72. En la tabla 2, pueden verse los ítems de la escala.

Tabla 2. Ítems según cada factor medido en la escala de preferencias.

	Ítem
Chico Bueno	Inteligente
	Amable
	Honesto
	Que tenga sentido del humor
Chico Malo	Celoso/a
	Controlador/a
	Que le guste el riesgo y las emociones
	Que le guste saltarse las normas
	Rebelde
Chico Afectuoso	Romántico/a
	Cariñoso/a

Interpretación de las semejanzas/diferencias entre las distintas parejas.

Diseñamos una escala con siete ítems para recoger las explicaciones de las chicas a la semejanza o diferencia entre sus parejas. Cada uno de los ítems fue valorado por las participantes con puntuaciones de 0 (*total desacuerdo*) a 10 (*total acuerdo*). Tras realizar un análisis factorial exploratorio encontramos una estructura factorial de dos factores que explican el 52.84% de la varianza. El primer factor, al que llamamos “Falta de control”, está formado por cuatro ítems (es el tipo de chico/a que se fijan en mí, no puedo evitar que me atraigan parejas que no me convienen, me dejé influir por otras personas, no había nadie más que se interesara por mí). Al analizar la consistencia interna de este factor, decidimos eliminar el ítem “No había nadie más que se interesara por mí” De esta forma, el alpha de Cronbach pasó a ser de .67. El segundo factor, denominado “Control Interno”, está formado por tres ítems (es el tipo de pareja que me gusta, es el tipo de chico con el que me relaciono, uno no decide de quien se enamora sino que es el destino). Cuando pasamos al análisis, decidimos eliminar el ítem “Uno no

decide de quien se enamora sino que es el destino), por lo que el alpha de Cronbach es de .77. A continuación, se describen los dos factores que integran la escala, con sus respectivos ítems (Tabla 3)

Tabla 3. Factores e ítems de la escala que mide las interpretaciones a las semejanzas y diferencias entre las parejas.

	Ítem
Falta de control	Es el tipo de chico/a que se fijan en mí
	No puedo evitar que me atraigan parejas que no me convienen
	Me dejé influir por otras personas
	No había nadie más que se interesara por mí
Control interno	Es el tipo de pareja que me gusta
	Es el tipo de chico con el que me relaciono
	Uno no decide de quien se enamora sino que es el destino

Victimización psicológica y física. Se utilizaron dos escalas para calcular un índice global de victimización: 1) la sub-escala de abuso psicológico desarrollada por Foshee, Bauman, Arriaga, Helms, Koch y Linder (1998); y 2) una versión reducida de la Conflict Tactics Scale (CTS; Straus, 1979). La primera de estas escalas consta de 14 ítems que miden distintas formas de abuso (agresiones verbales, control, amenazas, etc.). De la segunda sólo utilizamos dos ítems (empujar y pegar). En ambos casos, los participantes debían estimar, de 0 (*nunca*) a 3 (*con mucha frecuencia*) la frecuencia de uso de cada estrategia por parte de sus parejas. Tras calcular un índice global con los ítems de ambas escalas, se obtuvo un alpha de Cronbach .91. Finalmente, la Tabla 4 recoge los ítems de victimización psicológica y física.

Tabla 4. Ítems que integran la escala de victimización física y psicológica.

	Ítem
Violencia física	Romper algo que pertenece al otro/a
	Lanzar algo para hacer daño al otro/a, pero sin alcanzarle
	Empezar a pegar al otro/a y parar
	Amenazar con hacer daño
	Empujar
	Pegar
	Provocar heridas que necesitan atención médica
Violencia psicológica	Decir cosas para herir los sentimientos del otro/a
	Insultar al otro/a delante de otras personas
	No dejar que el otro/a haga cosas con otras personas
	Amenazar con empezar a salir con otras personas
	Prohibir al otro/a que hable con personas del sexo opuesto
	Hacer algo solo para provocar celos
	Culpar al otro/a de lo que hace mal
	Obligar al otro/a a contar lo que hace cada minuto del día
	Mencionar cosas del pasado para hacer daño
	Despreciar el aspecto del otro/a
	Usar la fuerza para mantener relaciones sexuales

3. Resultados

En este apartado describiremos en primer lugar la información recabada a través de las entrevistas. En segundo lugar, nos centraremos en las escalas: primero en los datos descriptivos y, a continuación, en las relaciones encontradas entre dichos resultados.

3.1. Información recabada a través de las entrevistas

En este primer apartado, detallaremos las principales ideas recogidas a través de las entrevistas, agrupadas en los dos bloques: a) la dinámica de sus relaciones; y b) la relación que encuentran (parecido/diferencias) entre sus dos relaciones.

La dinámica de sus relaciones. Con relación al inicio de sus relaciones, la mayoría de las chicas dijo haber conocido a sus parejas en el instituto, por lo que éstas tienden a ser más o menos de la misma edad que las chicas. Por lo general, han sido ellos los que les pidieron empezar a salir.

Aunque todas aseguraron estar contentas con su relación actual, muchas de ellas refirieron tener conflictos en sus relaciones de pareja. El motivo que mencionaron con más frecuencia fueron los celos, ya sea por parte de ellas o de sus parejas. Otra fuente de conflictos muy frecuente es la influencia de terceras personas, normalmente amigos/as de él. En igual medida, hicieron mención a los conflictos motivados por los intentos de control por parte de sus parejas. En la mayoría de los casos, las participantes dijeron que estos conflictos no pasaban de ser discusiones, “que a veces suben de tono” (ej.: “cuando discutimos me grita”, “ambos alzábamos la voz cuando discutíamos”). Algunas de las chicas, sin embargo, admitieron que sus parejas habían llegado “a levantarles la mano” durante estas discusiones. Las chicas dijeron no sentirse culpables o mal por este tipo de situaciones, es decir, eran conscientes de que lo que estaban viviendo no era lo correcto, pero no pensaban que tuvieran la culpa, ni que fuera grave.

Aproximadamente la mitad de las chicas (22), tenían pareja en el momento en que se realizaron las entrevistas. La mayoría de las chicas dijeron haber sido ellas

quienes habían decidido romper sus relaciones. Las causas más comunes de estas rupturas fueron el aburrimiento (“estaba aburrida de la relación”) o simplemente porque se daban cuenta de que esa relación no tenía futuro (ej.: “llegamos a un punto de la relación que vimos que ya no servía y no conseguíamos seguir bien”, “llegamos a un punto en que ya no sentíamos nada el uno por el otro”).

Tanto en los casos en los que las relaciones habían sido conflictivas (discusiones, insultos, gritos, celos, etc.) como en los que no lo fueron, la mayoría dijo haber aprendido algo importante. En el primer caso, lo que más mencionaron fue entender qué son los celos, saber qué los producen y cómo terminar a tiempo con una relación con una pareja celosa. En cambio, las chicas con relaciones no conflictivas señalaron haber aprendido a confiar e inspirar confianza a su pareja, así como que esto no significa, con sus propias palabras, “darlo todo desde el principio”.

De todo lo aprendido en esa/s relación/es, un 53.3% de las chicas dijo que lo vivido con sus parejas había influido en su modo de ver las relaciones. Por ejemplo, muchas de ellas habían tenido relaciones celosas, por lo que se habían dado cuenta de lo que significa y de que no querían volver a pasar por ello. Otras dijeron haberse dado cuenta de que “no hay ningún chico que merezca la pena”, ya que todos tienen algo malo: engañan a sus parejas, son celosos y controladores, etc. Sin embargo, dijeron que esta visión de los chicos no había afectado a su ideal de pareja.

Por último, las chicas señalan que la experiencia vivida con sus parejas ha tenido una enorme influencia en su vida, ya sea de forma positiva como negativa. Aproximadamente un tercio de las chicas dijeron que tener una relación de pareja había influido positivamente en sus notas, en su comportamiento, etc. Para el resto, la relación había supuesto que bajara su rendimiento académico, tener problemas con su familia y amigos/as, empezar a comportarse mal en su casa o en el instituto, etc.

Semejanzas/diferencias entre sus parejas. En cuanto a las semejanzas y diferencias, muchas de las chicas dijeron no encontrar parecido entre sus parejas. Sin embargo, la mayoría de las chicas afirmaron que, al menos uno de sus novios, había sido celoso y controlador. Según las respuestas que dieron las participantes, resultó más frecuente que describieran al primer novio como celoso/controlador, pero no al

segundo. Algunas, sin embargo, les describieron como cariñoso, divertidos, amables, etc.

En relación con la segunda pareja, se observó la misma pauta, es decir, la mayoría de las chicas indicó que sus novios eran buenos y cariñosos (30). No obstante, algunas dijeron que su segunda pareja era incluso más celosa y controladora que la primera.

La diferencia más común que las participantes encuentran en sus novios, sobre todo en los actuales, es la forma en que las tratan. La mayoría señalan que sus parejas actuales las tratan mejor que las anteriores. También encuentran diferencias en que algunas de sus parejas eran celosas y controladoras, sobre todo las parejas más antiguas.

En cuanto a las razones de esas semejanzas/diferencias, 17 de las chicas afirmaron que las diferencias que encontraban se debían a que sus actuales parejas eran más maduras. Para nueve de ellas, las diferencias se debían al carácter de los chicos, y, para otras seis, las diferencias se debían a que sus parejas habían vivido circunstancias familiares distintas (ej. el propio ambiente familiar del chico, la educación que ha recibido cada una de sus parejas, etc.). Así, señalaron que “la educación que recibieron fue distinta” o “lo que les tocó vivir fue diferente”, y que todo ello había influido en su forma de ser y de comportarse en las relaciones.

Aproximadamente la mitad de las participantes (20) mencionaron haber sentido deseos de terminar su relación en algún momento. De ellas, 11 señalaron como justificación para no dejar a sus parejas, el cariño que sentían por ellos, tres dijeron sentir pena, dos no querer quedarse solas, y otras tres dijeron sentir miedo de lo que pudiera pasar y una ya había recibido amenazas por parte de su pareja anterior. En el caso de las chicas que dijeron tener miedo de dejar a sus parejas, ambas afirmaron que esto ocurrió con su primera pareja, pero ambas fueron capaces de dejar esta relación que no les hacía bien.

La gran mayoría de las chicas (34) afirmó haber conocido a sus diferentes parejas en sitios distintos, mientras que el resto dijo haberlos conocido en el mismo lugar, que en la mayoría de los casos era el instituto.

Otro aspecto por el que se les preguntó fue si su opinión sobre los chicos había cambiado a partir de sus relaciones. La mayoría de ellas afirmó que sus opiniones no

habían cambiado. Sin embargo, algunas dijeron que ahora era más negativa. En concreto, ocho afirmaron pensar que “todos los chicos son malos e infieles”.

También se analizó el control ejercido hacia las chicas por parte de sus parejas. En concreto, 30 de ellas afirman que sus parejas las controlan o las han controlado, mientras que el resto niega haber recibido control de algún tipo por parte de sus parejas. Dentro del primer grupo, dos afirmaron que no veían nada malo en ese tipo de control por parte de sus parejas (“lo hace porque me quiere”, “me dice esas cosas para que no lo deje”).

Aparte de lo analizado anteriormente, se les preguntó también por la percepción de que tenían las chicas sobre las razones que pueden llevar a repetir el mismo patrón negativo de pareja. Algunas de ellas (14) afirmaron que puede deberse a que algunas mujeres sienten interés por determinado tipo de hombres. Otras, en cambio, señalaron que la razón podía estar en que algunas mujeres se han acostumbrado a ese tipo de parejas y eso les impide ver que podrían buscar algo diferente (“están acostumbradas a la misma rutina”, “están acostumbradas y dependen de personas violentas”, “están acostumbradas a ese tipo de relaciones y les gusta”). También creen que este patrón podría deberse a otros factores como que el entorno las lleve a relacionarse con el mismo tipo de chicos (que consumen drogas o son agresivos). Finalmente, algunas señalaron ciertas características de las propias mujeres como el miedo a la soledad, tener una autoestima baja, o el amor que sienten por esas personas. En cualquier caso, la mayoría dijo estar de acuerdo en que algunas mujeres sienten preferencia por parejas abusivas.

3.2. Datos recogidos a través de las escalas

Seguidamente, presentaremos los datos descriptivos de las escalas y, posteriormente, indicaremos las relaciones detectadas entre los factores analizados.

Preferencias. Las medias, las desviaciones típicas y los coeficientes de variación hallados a partir de la escala de preferencias pueden verse en la Tabla 5.

Tabla 5. Medias, desviaciones típicas y coeficientes de variación hallados con las preferencias

Factor	Ítems	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>CV</i>
Chico Bueno	Amable	8.80	1.95	0.22
	Honesto	8.29	2.18	0.26
	Sentido del humor	8.24	2.25	0.27
	Inteligente	7.51	2.37	0.31
Chico Malo	Le gusta el riesgo	5.67	2.95	0.52
	Celoso	3.62	3.02	0.83
	Rebelde	3.50	2.86	0.82
	Le gusta saltarse las normas	2.59	2.51	0.97
	Controlador	1.76	3.21	1.82
Chico Afectuoso	Cariñoso	8.98	2.12	0.24
	Romántico	8.62	2.09	0.24

Los promedios más altos corresponden a los rasgos positivos. Concretamente, “cariñoso” y “romántico” son los rasgos más deseados, ambos incluidos en factor Chico Afectuoso. Seguidamente, se sitúan los rasgos del factor Chico Bueno, que también tienen promedios altos. En este caso, el rasgo “inteligencia” es el que obtiene un promedio relativamente más bajo dentro de este grupo (7.5).

Por contraposición, los rasgos menos deseados fueron los que se corresponden con el factor Chico Malo. Dentro de este grupo de rasgos, destacan “el gusto por el riesgo” que obtuvo la media más alta (5.7) y ser “controlador” como el menos deseado (1.8).

Por otro lado, para poder valorar mejor la variación entre las respuestas de las chicas, hallamos el coeficiente de variación (CV), que se calcula dividiendo la desviación típica por la media. En términos generales, los coeficientes ≥ 1 indicarían una mayor dispersión en las respuestas. De esta forma, se observa una mayor variación en las valoraciones de los rasgos negativos (ej. rebelde, celoso), pero sobre todo en el rasgo controlador. En otras palabras, hay menor acuerdo entre las chicas respecto a esas características.

Victimización. Las medias, desviaciones típicas y los coeficientes de variación calculados con los indicadores de victimización se recogen en la tabla siguiente (Tabla 6).

Tabla 6. Medias, desviaciones típicas y coeficientes de variación hallados con los indicadores de victimización.

ITEMS	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>CV</i>
Decir cosas para herir los sentimientos	1.28	1.04	0.81
Mencionar cosas del pasado para hacer daño	1.20	1.22	1.01
Culpar de lo que hace mal	1.14	1.15	1.00
No dejar que haga cosas con otras personas	1.05	1.13	1.08
Hacer algo solo para provocar celos	1.02	1.10	1.08
Prohibir que hable con personas del sexo opuesto	1.00	1.21	1.21
Obligar a contar lo que hace cada minuto del día	0.80	1.08	1.35
Insultar delante de otras personas	0.66	1.06	1.60
Amenazar con empezar a salir con otras personas	0.51	0.92	1.80
Empujar	0.40	0.81	2.63
Romper algo que pertenece al otro/a	0.68	0.86	2.26
Amenazar con hacer daño	0.36	0.81	2.25
Despreciar el aspecto	0.33	0.67	2.03
Lanzar algo para hacer daño, pero sin alcanzarlo	0.27	0.73	2.70
Empezar a pegar y parar	0.22	0.52	2.36
Usar la fuerza para mantener relaciones sexuales	0.11	0.49	4.45
Pegar	0.11	0.38	3.45
Presionar verbalmente para tener relaciones sexuales	0.04	0.21	2.25

Esta segunda tabla recoge los distintos indicadores de victimización analizados, ordenados según el promedio alcanzado. De esta forma, podemos observar que el indicador con un promedio más alto fue “decir cosas para herir los sentimientos” ($M = 1.28$), seguido de “mencionar cosas del pasado para hacer daño” ($M = 1.20$), etc. Por otro lado, observamos que los ítems que alcanzaron un promedio más bajo fueron “usar la fuerza para mantener relaciones sexuales” ($M = 0.04$), “presionar verbalmente para mantener relaciones sexuales” ($M = 0.11$) y “pegar” ($M = 0.11$). En estos casos, los promedios fueron muy bajos, pero indican que dichas formas de abuso se había producido en algún caso.

Por otro lado, los coeficientes de variación calculados son próximos o superiores a 1. Concretamente, sólo hay un coeficiente por debajo de 1: “decir cosas para herir los sentimientos” ($CV = 0.81$). Esto indica que las respuestas de las chicas a esta escala fueron, en general, muy heterogéneas.

Interpretación de la semejanza/diferencia entre parejas. Finalmente, la Tabla 7 recoge las medias, las desviaciones típicas y los coeficientes de variación de la escala utilizada para medir las interpretaciones de las chicas respecto a las semejanzas y diferencias entre sus parejas.

Tabla 7. Medias, desviaciones típicas y coeficientes de variación hallados con las interpretaciones de las semejanzas/diferencias entre las parejas.

Factor	Ítems	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>CV</i>
Control interno	Porque es el tipo de chico/a con el que me relaciono	5.64	3.81	0.68
	Porque ese es el tipo de pareja que me gusta	5.47	3.82	0.70
Falta de control	Porque no puedo evitar que me atraigan parejas que no me convienen	3.07	3.49	1.14
	Porque ese tipo de chicos/as son los que se fijan en mí	2.87	3.47	1.21
	Porque me dejé influir por otras personas	1.67	2.72	1.63

En esta última tabla, pueden verse las distintas explicaciones a las diferencias/semajanzas, agrupadas según se refieran a “Falta de control” sobre las relaciones o a alguna forma de “Control interno”. De esta forma, vemos que los promedios más altos (y los coeficientes de variación más bajos) se corresponden con los dos ítems que indican cierto control sobre el tipo de pareja con la que se han relacionado: “es el tipo de chico con el que me relaciono” “es el tipo de pareja que me gusta”. No obstante, dichos promedios no son altos si se tiene en cuenta que el rango de la escala iba de 0 a 10.

Por otro lado, sí resultaron bajos los promedios de los ítems que indican falta de control como, por ejemplo, “porque me dejé influir por otras personas” ($M=1.67$). En este caso, encontramos además mucha variabilidad en las respuestas, tal y como indican los coeficientes de variación.

En definitiva, aunque hay mayor acuerdo al reivindicar cierto control sobre la elección de sus parejas, sus opiniones son moderadas a este respecto. Además, la elevada variabilidad en las respuestas a los ítems que indican falta de control, señala que algunas de las participantes estaban de acuerdo con este tipo de interpretaciones.

Relaciones entre los factores analizados. En primer lugar, llevamos a cabo un análisis de correlación de Pearson. En la Tabla 8 vemos una correlación significativa y positiva entre las preferencias por los chicos buenos y cariñosos. Destaca también que las chicas que prefieren chicos buenos tienen menos probabilidad de sufrir victimización. Dicha preferencia correlaciona además significativa y negativamente con la influencia externa, lo que indica que las chicas que sienten menos atraídas por chicos buenos indican mayor influencia externa en sus elecciones (ej.: se dejan influir por otras personas, es el tipo de chicos que se fijan en ellas, etc.). Igualmente, observamos que perciben mayor influencia externa en sus elecciones muestran menor preferencia por chicos afectuosos.

Por otro lado, llama la atención la correlación positiva entre la preferencia por chicos malos y el control percibido a la hora de elegir pareja (ej.: es el tipo de pareja que me gusta, es el tipo de chico con el que me relaciono, etc.).

Vemos también que la preferencia por chicos afectuosos y el control interno se correlacionan, pero negativamente, lo que quiere decir que a mayor control interno en la elección de pareja, menos se eligen los chicos afectuosos.

Por último, observamos que la victimización se relaciona positivamente con la influencia externa, es decir: cuanta más influencia externa experimentan las chicas, más riesgo tienen de sufrir victimización.

Tabla 8. Relaciones entre factores analizados.

FACTOR	1	2	3	4	5	6
1. Chico bueno						
2. Chico malo	-.189					
3. Chico afectuoso	.665**	-.238				
4. Falta de control	-.426**	.254	-.294*			
5. Control interno	.081	.359*	.104	-.061		
6. Victimización	-.305*	.065	-.161	.617**	-.061	

Nota: * $p \leq .05$ ** $p \leq .01$

Finalmente, llevamos a cabo un análisis de regresión lineal, paso a paso, para predecir la victimización de las chicas (variable criterio). En dicho análisis, las variables predictoras eran los tres tipos de preferencias (chico bueno, malo y afectuoso), así como las interpretaciones de las similitudes/diferencias entre las parejas (falta de control y control interno al elegir pareja).

Tabla 9. Regresión lineal, paso a paso, para predecir

MODELO	B	Error típico	β	t	p
Falta de control	.59	.13	.57	4.69	.00
Chico Bueno	-.30	.12	-.30	2.49	.02

Los resultados señalaron que dos factores permiten predecir la victimización de forma significativa. Concretamente, se observa que las chicas que han sufrido mayor nivel de victimización son las que muestran menor preferencia por los chicos buenos $R^2 = .40$, $F = 28.853$ (37), $p \leq .001$. De igual forma, las que dicen estar más sujetas a los condicionantes externos (me dejé influir por otras personas, no puedo evitar que me atraigan parejas que no me convienen, ese es el tipo de chicos que se fijan en mí) a la hora de elegir a sus parejas son también tienen mayor riesgo de sufrir victimización $R^2 = .48$, $F = 6.178$ (37), $p \leq .05$.

4. Discusión

El objetivo del estudio ha sido explorar la trayectoria seguida por las adolescentes que han tenido, al menos, dos relaciones de pareja. Más concretamente, hemos querido conocer cómo interpretan dicha trayectoria, las similitudes o diferencias entre sus parejas y los posibles cambios en sus preferencias después de una primera relación conflictiva.

Los resultados tanto de las entrevistas como de las escalas confirman lo que ya se ha señalado en distintas investigaciones, esto es, que la violencia de género se da también entre la población adolescente (Gonzalez-Mendez y Santana-Hernandez, 2001; Muñoz-Rivas et al., 2009). Junto a las agresiones físicas detectadas en cuatro de los casos, lo más frecuente es el abuso psicológico (fundamentalmente insultos) y el control ejercido por parte de sus parejas (celos, control, etc.). Por ejemplo, los chicos celosos ejercen un tipo de control que, muchas veces, las chicas no son capaces de identificar como abuso debido tanto a su inexperiencia como a sus creencias románticas. En este sentido, la investigación ha señalado que las creencias románticas contribuyen a justificar el abuso y a dificultar la ruptura (Fagundes y Diamond, 2013).

Otro factor de riesgo en las relaciones suele ser la diferencia de edad con la pareja (Campbel, Alhusen, Draughon, Kub y Walton-Moss, 2011). Cuando los novios son mucho mayores, éstos tienen más fácil ejercer control sobre las adolescentes. Esto es lo que le ocurría a una de las chicas, cuyo novio tenía 25 años y era muy celoso, por lo que su relación iba mal por este motivo. Tal y como señala la investigación

(Gonzalez-Ortega et al., 2008; Gonzalez, Muñoz y Graña, 2003), este tipo de comportamientos es un predictor de otras formas de violencia más graves dentro de la relación.

Las experiencias de abuso en las relaciones pueden asociarse a diferentes consecuencias negativas para el bienestar y para el desarrollo de las adolescentes (Gutgesell y Payne, 2004). En este sentido, las chicas admitieron distintas formas de abuso y señalaron que esto había afectado a diferentes ámbitos de su vida. Por ejemplo, las participantes señalaron que sus problemas con sus novios habían terminado afectando negativamente a sus relaciones familiares, especialmente con sus padres y madres. También indicaron efectos negativos sobre las relaciones con sus amigos y amigas, ya que muchas de las chicas afectadas habían optado por aislarse de su grupo de iguales. Los efectos negativos de este tipo de experiencias se extienden también a otros ámbitos. Concretamente, muchas dijeron que sus problemas las habían llevado a faltar a clase, repercutiendo negativamente en su rendimiento académico.

En los casos en que la relación conflictiva era la primera, todas las chicas ya habían puesto distancia psicológica respecto a dicha relación. Sin embargo, mientras algunas dijeron no querer volver a pasar por lo mismo, y hablaban de un cambio en su manera de ver las relaciones y en sus preferencias, otras volvían a tener una relación con un chico celoso. Concretamente, en el primer caso, las chicas señalaron no querer relacionarse con chicos celosos en el futuro; mientras que, en el segundo, justificaban este tipo de conductas, diciendo que los celos y el control son una muestra del amor que sus parejas sienten por ellas.

De las chicas que tenían una segunda relación conflictiva en el momento de la entrevista, algunas ya habían vivido una experiencia similar anteriormente. En concreto, esto ocurría en cuatro casos, en los que los novios habían ejercido o ejercían distintas formas de abuso sobre las chicas. Estas chicas no tenían problemas de rendimiento y decían mantener una buena relación con sus familias. Además, no habían conocido a sus parejas en el mismo sitio, pero todos eran chicos con los que se relacionaban en su entorno habitual. Todas vivían en barrios tranquilos y nada conflictivos, pero salían de fiesta con sus amigos y amigas. Sin embargo, no tenían en cuenta los consejos que sus madres, hermanas, etc. a la hora de seleccionar a sus parejas. Es decir, sabían que los chicos que elegían no les convenían porque eran lo contrario a lo que sus madres les habían dicho que buscaran, pero de todas maneras empezaban una relación con ellos.

En general, las chicas que habían vivido una experiencia más negativa demostraban cierto grado de resiliencia al haber conseguido dejar atrás esas primeras relaciones. Dos de las chicas que habían tenido una pareja violenta o celosa dijeron haber sentido miedo de terminar la relación, por la reacción que el chico pudiera tener. Sin embargo, a pesar de ese miedo, las chicas dieron el paso y pidieron ayuda a su círculo más cercano (familia, amigos, etc.). La experiencia, según sus propias palabras, las había fortalecido y les había enseñado a buscar parejas con un perfil diferente, que no las hiciera revivir ese miedo. En estos casos, sus familias jugaron un papel importante al darles el apoyo que necesitaban. Las chicas mencionaron que una buena relación con sus madres o con otros miembros de sus familias (padre o abuela) las habían ayudado a reconocer si sus relaciones eran o no saludables.

Tal y como señalan los estudios sobre el ideal de pareja (Collins, Welsh y Furman, 2009; Lippa, 2007), la mayoría de las chicas mostró mayor interés por características positivas como amabilidad, honestidad, sentido del humor, etc. Algunas señalaron que sus madres les indicaban qué características tenían los chicos que no les convenían (consumidores de sustancias, malos estudiantes, etc.).

Sin embargo, algunas adolescentes señalaron su preferencia por rasgos problemáticos, decantándose por parejas celosas, controladoras, etc. Más concretamente, los resultados de las escalas indicaron que una menor preferencia por chicos buenos (esto es, que les gusten chicos menos honestos, amables, etc.) aumenta el riesgo de victimización.

Otro de los resultados relevantes es la relación encontrada entre la victimización de las chicas y su interpretación del parecido entre las sucesivas parejas. En concreto, aquellas que perciben menor control en el proceso de elección (“no puedo evitar que me atraigan parejas que no me convienen”; “ese tipo de chicos/as son los que se fijan en mí”, o “me dejé influir por otras personas”) son las que han experimentado mayor nivel de victimización. Aunque la escala medía sus interpretaciones respecto a las mujeres en general, sus respuestas parecen reflejar igualmente la opinión que tienen sobre sus propias relaciones. Este resultado puede ser interpretado a partir de los estudios sobre locus de control (Rotter, 1954). Así, es de esperar que aquellas con un locus de control tiendan a interpretar sus experiencias negativas como el resultado de la suerte, o el destino, etc. De esta forma, estas chicas están más expuestas a la indefensión, ya que no creen en su propia capacidad para cambiar su suerte. En cambio, las chicas con un locus

de control interno sí creerían en su capacidad para evitar el mismo problema en el futuro.

Entre las limitaciones de este estudio, hay que destacar que hemos partido de una muestra de conveniencia, lo que hace imposible generalizar los resultados. El hecho de establecer como criterio que las chicas hubiesen tenido, al menos, dos relaciones de pareja ha añadido más dificultad, si cabe, al proceso de selección de la muestra mayor. Por otro lado, aunque se solicitó a los centros que las chicas tuvieran un perfil heterogéneo, es posible que determinado tipo de chicas (ej. más tímidas o más rebeldes) no se hayan ofrecido a participar. Quizás por esta esa razón, muchas de las chicas entrevistadas parecen estar bien adaptadas al instituto y no haber tenido dificultades en sus relaciones.

A partir de estos resultados, sería interesante analizar la influencia del entorno en la elección de pareja, ya que no siempre es posible encontrar a la persona ideal. En este sentido, las chicas que viven en entornos con elevados niveles de delincuencia tienen más probabilidades de comenzar una relación con delincuentes (Leverentz, 2006). Por lo tanto, ellas no tendrían tantas opciones de encontrar rasgos positivos en sus parejas, aunque quisieran. Además, se sabe que esto hace más probable que sufran violencia en sus relaciones (Carbone-Lopez y Kruttschnitt, 2010).

Los resultados de este estudio señalan nuevas vías de investigación relacionadas con las preferencias y la interpretación que hacen las chicas sobre el proceso de elección de pareja. Igualmente, sugieren que la intervención para prevenir la violencia debe incidir en su entorno educativo, es decir, enseñarlas a identificar qué es el maltrato, así como las diferentes manifestaciones de la misma que no se ven a simple vista (como los celos o el control). También se podría extender la intervención al ámbito familiar, ya que muchas veces el desconocimiento por parte de los padres de lo que sus hijas están pasando hace que ellas no se den cuenta que el chico con el que están no es adecuado y vuelvan a repetir el mismo patrón negativo.

Conclusiones

Tras realizar el presente estudio, llegamos a las siguientes conclusiones:

1. La mayoría de las chicas ha tenido relaciones saludables y han mostrado preferencia por chicos menos problemáticos. Además, dicen saber qué chicos les convienen y señalan que sus familias han jugado un papel muy importante en este sentido, al indicarles qué chicos no les convienen.
2. Algunas de las chicas ha mantenido relaciones conflictivas e incluso abusivas, que han llegado en algunos casos a sufrir agresiones físicas. De éstas, algunas dicen haber aprendido qué tipo de chicos deben evitar, pero otras no.
3. Las chicas que no muestran preferencia por chicos buenos son las que sufren mayor nivel de victimización.
4. Las chicas que interpretan el proceso de elección de pareja como un proceso sobre el que no se tiene control son también las que sufren mayor nivel de victimización.
5. Algunas de las chicas que han sufrido victimización siguen justificando los comportamientos de control y celos por parte de sus parejas. En estos casos, sus preferencias contribuyen son coherentes con dichas ideas.
6. Una buena relación con la familia emerge como un elemento clave para detectar a tiempo las situaciones de abuso y ayudar a superarlas. En este sentido, las chicas señalan a su familia como una fuente muy importante de apoyo.
7. Las chicas indican que sus relaciones conflictivas se han asociado a diferentes consecuencias negativas entre las que destacan el aislamiento de su entorno social, los problemas con la familia, y en el ámbito académico.

Referencias

- Arriaga, X. B., y Foshee, V. A. (2004). Adolescents dating violence: do adolescents follow in their friends', or their parents' footsteps? *Journal of Interpersonal Violence, 19*, 162-184. doi: 10.1177/0886260503260247.
- Barron, A. y Martínez-Iñigo, D. (1999). Atribuciones de causalidad y responsabilidad en una muestra de casados y divorciados. *Psicothema, 11*, 551-560.
- Barry, C. M., y Wentzel, K. R. (2006). Friend influence on prosocial behavior: The role of motivational factors and friendship characteristics. *Developmental Psychology, 42*, 153–163. doi: 10.1037/0012-1649.42.1.153
- Bartko, W. T., y Eccles, J. S. (2003). Adolescent participation in structured and unstructured activities: a person-oriented analysis. *Journal of Youth and Adolescence, 32*, 233-24. doi: 10.1023/A:1023056425648
- Berscheid, E. (2010). Love in the Fourth Dimension. *Annual Review of Psychology, 61*, 1-25 doi: 10.1146/annurev.psych.093008.100318
- Brookmeyer, K. A., Henrich, C. C., y Schwab-Stone, M. (2005). Adolescents who witness community violence: Can parent support and prosocial cognitions protect them from committing violence? *Child Development, 76*, 917-929. doi: 10.1111/j.1467-8624.2005.00886.x
- Campbell, J. C., Alhusen, J., Draughon, J., Kub, J. y Walton-Moss, B. (2011). Vulnerability and protective factors for intimate partner violence. En White, J. W., Koss, M. P., y Kazdin, A. E. (Eds.), *Violence against Women and Children. Mapping the Terrain* (pp. 243-265). Washington: American Psychological Association. doi: 10.1037/12307-011
- Carbone-Lopez, K. y Kruttschnitt, C. (2010). Risky relationships? Assortative mating and women's experiences of intimate partner violence. *Crime & Delinquency, 56*, 358–384. doi: 10.1177/0011128709333727
- Cleveland, H. H., Herrera, V. M. y Stuewig, J. (2003). Abusive males and abused females in adolescent relationships: risk factors similarity and dissimilarity and

- the role of relationship seriousness. *Journal of Family Violence*, 18, 325–339. doi: 10.1023/a:1026297515314
- Collins, A. W., Welsh, D. P. y Furman, W. (2009). Adolescent romantic relationships. *Annual Review of Psychology*, 60, 631–352. doi: 10.1146/annurev.psych.60.110707.163459
- Connolly, J. A. y Goldberg, A. (1999). Romantic Relationships in Adolescence: The role of friends and peers in their emergence and development. En W. Furman, B. Bradford Brown, y C. Feiring, (Eds.). *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 266-290). New York: Cambridge Universtiy Press. doi: 10.1017/cbo9781316182185.012
- Connolly, J. A., Craig, W., Goldberg, A., y Pepler, D. (1999). Conceptions of cross-sex friendships and romantic relationships in early adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 28, 481-494. doi: 10.1023/a:1021669024820
- Connolly, J. A., Craig, W., Goldberg, A., y Pepler, D. (2004). Mixed-gender groups, dating, and romantic relationships in early adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 14, 185-207. doi: 10.1111/j.1532-7795.2004.01402003.x
- Crosnoe, R., Erickson, K. G., y Dornbusch, S. M. (2002). Protective functions of family relationships and school factors on the deviant behavior of adolescent boys and girls. *Youth and Society*, 33, 515–544. doi: 10.1177/0044118x02033004002
- Crosnoe, R., Riegle-Crumb, C. y Muller, C. (2007). Gender, self-perception and academic problems in high school. *Social Problems*, 54, 118-138. doi: 10.1525/sp.2007.54.1.118
- Fagundes, C. P. y Diamond, L. M. (2013). Intimate relationships. En J. DeLamater y A. Ward (Eds.), *Handbook of social psychology* (pp. 371-411). Londres: Springer. doi: 10.1007/978-94-007-6772-0_13
- Foshee, V. A., Bauman, K. E., Arriaga, X. B., Helms, R. W., Koch, G. G. y Linder, G. F. (1998). An evaluation of Safe Dates, an adolescent dating violence prevention program. *American Journal of Public Health January*, 88, 45-50. doi: 10.2105/AJPH.88.1.45

- Foshee, V. A., Reyes, H. L. y Ennett, S. T. (2010). Examination of sex and race differences in longitudinal predictors of the initiation of adolescent dating violence perpetration. *Journal of Aggression, Maltreatment, and Trauma*, (19)5, 492–516. doi: 10.1080/10926771.2010.495032.
- Fredricks, J. A., y Eccles, J. S. (2005). Developmental benefits of extracurricular involvement: Do peer characteristics mediate the link between activities and youth outcomes? *Journal of Youth and Adolescence*, 34, 507-520. doi: 10.1007/s10964-005-8933-5
- Fritz, P. A. T. y Slep, A. M. S. (2009). Stability of physical and psychological adolescent dating aggression across time and partners. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 38, 303-314. doi: 10.1080/15374410902851671
- Gonzalez, M. P., Muñoz, M. J. y Graña, J. L. (2003). Violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes: Una revisión. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 3, 23-39.
- Gonzalez-Mendez, R. y Santana-Hernandez, J. D. (2001). *La violencia en parejas jóvenes. Análisis y prevención*. Madrid: Pirámide.
- Gonzalez-Méndez, R. y Hernández-Cabrera, J. A. (2009). Play context, commitment, and dating violence. A structural equation model. *Journal of Interpersonal Violence*, 24, 1518-1535. doi: 10.1177/0886260508323666
- Gonzalez-Mendez, R., Martín, A. M. y Hernández-Abrante; L. (2014). At the end of a fairy tale: romantic relationships in female juvenile offenders. *The Journal of Forensic Psychiatry & Psychology*, 25, 584-599. doi: 10.1080/14789949.2014.943794
- Gonzalez-Mendez, R., Yanes, J. M. y Ramírez-Santana, G. (2015). Witnessing partner violence: Exploring the role of partner preferences on dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*. Publicado primero on-line doi: 10.1177/0886260515588533
- González-Ortega, I., Echeburúa, E., y Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. *Psicología Conductual*, 16, 207-225.

- Gonzaga, G. C., Carter, S. y Buckwalter, J. G. (2010). Assortative mating, convergence and satisfaction in married couples. *Personal Relationships*, *17*, 634-644. doi: 10.1111/j.1475-6811.2010.01309x
- Gorman-Smith, D., Henry, D. B., y Tolan, P. H. (2004). Exposure to community violence and violence perpetration: The protective effects to family functioning. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, *33*, 439-444. doi: 10.1207/s15374424jccp3303_2
- Gutgesell, M. y Payne, N. (2004). Issues of adolescent psychological development in the 21st century. *Pediatrics in Review*, *25*, 79–85. doi: 10.1542/pir.25-3-79
- Hair, E. C., Moore, K. A., Garret, S. B., Ling, T., y Cleveland, K. (2008). The continued importance of quality parent–adolescent relationships during late adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, *18*, 187–200. doi: 10.1111/j.1532-7795.2008.00556.x
- Halpern, C.T., Spriggs, A.L., Martin, S.L y Kupper, L.L. (2009). Patterns of intimate partner violence victimization from adolescence to young adulthood in a nationally representative sample. *Journal of Adolescent Health*, *45*, 508-516. doi: 10.1016/j.jadohealth.2009.03.011
- Harris, K. H., Furstenberg, F. F. y Marmer, J. K. (1998). Paternal involvement with adolescents in intact families. *Demography*, *35*, 201-216. doi: 10.2307/3004052
- Hart, J. L., O’Toole, S. K., Prince-Sharps, J. L. y Shaffer, T. W. (2007). The risk and protective factors of violent juvenile offendin: An examination of gender differences. *Youth Violence and Juvenile Justice*, *5*, 367-384. doi: 10.1177/1541204006297367
- Kerr, M. H., Beck, K., Shattuck, T. D., Kattar, C., y Uriburu, D. (2003). Family involvement, problem and prosocial behavior outcomes of Latino youth. *American Journal of Health Behavior*, *27*, 55-65. doi: 10.5993/ajhb.27.1.s1.6
- Kerr, D. C. R. y Capaldi, D. M. (2011). Young men’s intimate partner violence and relationship functioning: long – term out – comes associated with suicide attempt and aggression in adolescence. *Psychological Medicine*, *41*, 759–769. doi: 10.1017/S0033291710001182.

- Kliewer, W., Cunningham, J. N., Diehl, R., Parrish, K. A., Walker, J. M., Atiyeh, C. Neace, B., Duncan, L., Taylor, K. y Mejia, R. (2004). Violence exposure and adjustment in inner-city youth: child and caregiver emotion regulation skill, caregiver-child relationship quality, and neighborhood cohesion as a protective factor. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 33, 477-487. doi: 10.1207/s15374424jccp3303_5
- Leverentz, A. M. (2006). The love of a good man? Romantic relationships as a source of support or hindrance of female ex – offenders. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 43, 459–488. doi: 10.1177/0022427806293323
- Lewis, S. F., y Fremouw, W. (2000). Dating violence: a critical review of the literature. *Clinical Psychology Review*, 21, 105-127. doi: 10.1016/s0272-7358(99)00042-2
- Ley 16/2003, de 8 de abril, de Prevención y Protección Integral de las Mujeres contra la Violencia de Género. *BOC*, 162, 8-Julio-2003, 26393.
- Ley 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. *BOE*, 313, 29-Diciembre-2004, 42169.
- Lippa, R. A. (2007). The preferred traits of mates in a cross-national study of heterosexual and homosexual men and women: An examination of biological and cultural influences. *Archives of Sexual Behavior*, 36, 193-208. doi: 10.1007/s10508-006-9151-2
- Martsof, D., Draucker, C., Stephenson, P., Cook, C. y Heckman, T. (2012). Patterns of dating violence across adolescence. *Qualitative Health Research*, 1271-1283. doi: 10.1177/1049732312449388
- McCloskey, L. A. y Lichter, E. L. (2003). The contribution of marital violence to adolescent aggression across different relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 18(4), 390–412. doi: 10.1177/0886260503251179
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L. O’Leary, D. y González, M. P. (2009). Prevalence and predictors of sexual aggression in Sdating relationships of adolescents and young adults. *Psicothema*, 21, 234-240. doi: 10.1016/j.jadohealth.2006.11.137

- Nocentini, A., Menesini, E. y Pastorelli, C. (2010). Physical dating aggression growth during adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 38, 353-365. doi: 10.1007/s10802-009-9371-8
- O'Donnell, L., Stueve, A., Myint-U, A., Duran, R., Argonick, G. y Wilson-Simmons, R. (2006). Middle school aggression and subsequent intimate partner physical violence. *Journal of Youth and Adolescence*, 35, 693-703. doi: 10.1007/s10964-006-9086-x
- Quane, J. M. y Rankin, B. H. (2006). Does it pay to participate? Neighborhood-based organizations and the social development of urban adolescents. *Children and Youth Services Review*, 28, 1229-1250. doi: 10.1016/j.childyouth.2006.01.004
- Rankin, B. H. y Quane, J. M. (2002). Social contexts and urban adolescent outcomes: The interrelated effects of neighborhoods, families, and peers on African-American youth. *Social problems*, 49, 79-100. doi: 10.1525/sp.2002.49.1.79
- Rhule-Louie, D. M. y McMahon, R. J. (2007). Problem behavior and romantic relationships: assortative mating, behavior contagion and desistance. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 10, 53-100. doi: 10.1007/s10576-006-0016-y
- Rotter, J. B. (1954). *Social Learning and Clinical Psychology*. Londres: Prentice-Hall
- Spillane, J. P., Pareja, A. S., Dorner, L., Barnes, C., May, H., Huff, J. y Camburn, E. (2010). Mixing methods in randomized controlled trials (RCTs): Validation, contextualization, triangulation, and control. *Educational Assessment Evaluation and Accountability*, 22, 5-28. doi: 10.1007/s11092-009-9089-8
- Stocker, C. M. y Richmond, M. K. (2007). Longitudinal associations between hostility in adolescents' family relationships and friendships and hostility in their romantic relationships. *Journal of Family Psychology*, 21, 490-497. doi: 10.1037/0893-3200.21.3.490.
- Straus, M. A. (1979). Measuring intrafamily conflict and violence: The Conflict Tactics (CT) Scales. *Journal of Marriage and Family*, 41, 75-88. doi: 10.2307/351733
- Tschann, J. M., Pasch, L. A., Flores, E., Marin, B. V. O., Baisch, E. M. y Wibbelsman, C. J. (2009). Nonviolent aspects of interparental conflict and dating violence

among adolescents. *Journal of Family Issues*, 30, 295–319. doi: 10.1177/0192513X08325010

Vagi, K. J., Rothman, E. F., Latzman, N. E., Tharp, A. T., Hall, D. M. y Breiding, M. J. (2013). Beyond correlates: A review of risk and protective factors for adolescent dating violence perpetration. *Journal Youth Adolescence*, 42, 633-649. doi: 10.1007/s10964-013-9907-7

Wekerle, C. y Wolf, D. A. (1998). The role of child maltreatment and attachment style in adolescent relationship violence. *Development and Psychopathology*, 10, 571-586. doi: 10.1017/s0954579498001758

Whitaker D. J., Le, B. y Niolon P. H. (2010). Persistence and desistance of the perpetration of physical aggression across relationships: Findings from a national study of adolescents. *Journal of Interpersonal Violence*, 25, 591–609. doi: 10.1177/0886260509334402

Wolfe, D. A., Wekerle, C., Scott, K., Straatman, A. L. y Grasley, C. (2004). Predicting abuse in adolescent dating relationships over 1 year: The role of child maltreatment and trauma. *Journal of Abnormal Psychology*, 113, 406–415. doi: 10.1037/0021-843X.113.3.406

Zayas, V., y Shoda, Y. (2007). Predicting preferences for dating partners from past experiences of psychological abuse: Identifying the psychological ingredients of situations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 33, 123-138. doi: 10.1177/0146167206293493